

El apéndice

En el frente los llamábamos apéndices; la orden era extirparlos.

—Fragmento de un manuscrito (Somme, 1916)

Finalmente, la redacción fue la salida última que Eugenio Alberto Mannerhaim no descartó antes de padecer una segura indigencia. Su plan había fracasado; en él había subestimado o acaso olvidado su falta de talento. Cuando en 1933 abandonó un sustancioso empleo por una participación en la tercera edición de la ya remota *Antología poética de posguerra*, creyó vislumbrar su futuro laboral de escritor. (La *Antología*, según se supo, agregaba nuevos valores.) Sin embargo, nadie perdonó las nefandas cacofonías y el desaliño de su métrica. Meses más tarde, sus versos y la *Antología* habían sido olvidados. La estela del fracaso, contra toda previsión, fue casi trágica. Mientras alcanzaron los ahorros, se obcecó en la idea de que la soledad, el desempleo y la depresión le darían la inspiración necesaria para la escritura, en tres meses, de una novela de carácter escéptico; la novela que según él superaría a todas las novelas de posguerra, las pasadas y las futuras. Pero nada de ello se concretó en la realidad, ni siquiera la virtualidad de sus pensamientos. Pronto mermaron los billetes, su carrera de Letras debió ser sacrificada y estaba solo. En esos casos, sólo el instinto de conservación trabaja, acelerando el proceso por el cual todo hombre es verdaderamente consciente de su mortalidad. Por supuesto, Eugenio Mannerhaim fue víctima de ese instinto; pensó que nada podía ser peor y evitó la catástrofe. Agradadamente, su anciano padre consiguió comunicarse con un ex secretario de la biblioteca local, un tal Sperandino, quien ofreció su influencia para ubicar al exangüe Eugenio en la redacción de la revista histórica *Anecdotario Criollo*. Si bien la remuneración era un lamento, no se dejó intimidar por su destino. No le disgustó la idea de abandonar

aquellos años de contemplativa burguesía; ahora era tiempo de nuevas experiencias. Como los budistas, Eugenio Mannerhaim creía que toda vida presente es consecuencia de la anterior; él agregaba que cuantas más variadas fueran las experiencias de una vida, mayor sería la riqueza de la próxima. Sin embargo, solía renegar de que aquellas vidas nunca fueran susceptibles a la memoria; esa verdad implacable lo extenuaba. En esos años conoció el abatimiento, las jornadas extensas, agotadoras; en esos años creyó en el origen divino del sueño.

A su regreso del último día, subiendo en Villa Lugano, donde comenzaba el recorrido del autobús, Eugenio Mannerhaim evitaba el martirio de quedar colgado a los pasamanos de los estribos. En cuanto llegaba a Mataderos, el Titania era una caja de cuerpos vafosos y rebosantes; del otro lado de las ventanillas una informe masa de siluetas se entregaba a la lasitud del día viernes. Contaba, además, con el derecho de elegir el asiento más propicio para el descanso, uno de los cuatro que se hallan inmediatamente detrás de la mampara del chofer. La razón era obvia: al parecer ese chofer era el único autorizado a sintonizar la música de la radio (Radio Splendid), que Eugenio Mannerhaim, a esa altura del día y de la semana, traducía como una bendición gratuita y consoladora. Ciertamente debía esperar unos quince minutos antes de partir, pero le reconfortaba pensar que luego se sintonizaría la radio y que ni el agobio de las charlas ni el monótono ruido del motor evitarían las cadencias de Agustín Magaldi, de los Wels, de Rosita Quiroga, todos tras la mampara, como cada día.

En el frenesí de esa primaveral tarde, cuando el autobús se transformó en el hacedor implacable de la libertad, del fin de semana, del descanso, Eugenio Mannerhaim se colocó el maletín sobre los muslos. Mientras, intentó aco-

modar sus rodillas, evitando que estas percutieran la madera de la mampara y al bajar las sintiera entumecidas. (Sin reparar en la consideración, pensó que era como estar atrinchado.) Ya se habían puesto en marcha. Cerró los ojos un instante; sintió sobre la manga izquierda de su camisa el roce de algo áspero. No quiso saber qué era. Otra pierna golpeó la suya, la izquierda también y su maletín se movió trémulo sobre sus muslos. Estaba exhausto, exhausto mientras caía la tarde y el chofer no subía el volumen. Creyó oír, o acaso descó oír, la voz de Azucena Maizani. Abrió los ojos súbitamente. Pensó que habría hecho un movimiento espasmódico, pues al mirar la figura que estaba a su lado, notó que el hombre había fruncido el entrecejo mientras se acariciaba la barbilla con el índice y el pulgar. Se volvió hacia la ventanilla; el sol sobre su cara llegaba a reflejarlo en el vidrio. Intentó mirarse. Tenía el pelo rendido sobre la frente y la mirada bermeja. (La Ñata Gaucha no lograba filtrarse a través de la mampara.) El sol lo adormecía. Apartó el rostro del reflejo y se volvió hacia el hombre. Notó que hojas encuadernadas y un libro descansaban sobre sus piernas; lo primero, una tesis tal vez personal sobre *La filosofía del Sankhyam*; lo segundo, el *Quijote* de Unamuno. Pronto, sintió sofocación al verlo sumergido en ese sobretodo rugoso para la fresca mañana que había tenido ese día, y ridículo entre las transpiraciones extremas arriba de un Titania... Estaba enterrado, con la tierra hasta el cuello, los ojos entrecerrados y una sombra mortecina, de súplica, debajo de los ojos. También yo he cubierto mi cuerpo de tierra en repetidas ocasiones. El frío es insupportable durante la noche. En vano es estar diez metros bajo la superficie; el viento cae en el interior de las galerías embravecido, confundiendo en su soplido con el continuo tableteode las Maxim alemanas. El tiempo ha mejorado en estos últimos días y eso ha recrudido los ataques. Ahora veo a los oficiales de estado mayor ir y venir a lo largo del frente. Uno de ellos se sorprende al verme sentado dentro de un hueco de granada. Me informa que progresamos en Les Boeufs; con una mano le hago una señal que es menos de aprobación que de indiferencia y el oficial se retira sonriente. Todo parece confirmar una próxima

ofensiva; aún debemos hablar con el comandante sobre el tema. Hay optimismo en el frente pero los comunicados de Verdún siguen arrojando cifras escalofriantes: en la última tentativa de ataque del enemigo se nos ha secuestrado dos unidades radiográficas y más de un centenar de ametralladoras. Aquello es el fin y este lugar, creo, también lo será muy pronto. Mientras tanto, los grupos de hombres continúan transportando escaleras a las primeras líneas. Algunos me miran y oigo sus saludos. A nadie respondo; apenas agacho la cabeza, me cubro las manos y pienso.

Ya era inútil, hasta insensato, mantener la esperanza de escuchar música. Entonces se entregó al movimiento lento y uniforme en línea recta, a veces a la inestabilidad al doblar en las esquinas, pero también a los múltiples rezumos, a su reflejo en la ventanilla, a la mampara empañada y a no poder escuchar su música. Abatido, se dejó vencer por el ahogo y la confusa resignación que se siente al perder algo que en realidad nunca se tuvo. Pensó súbitamente en la plaza, pensó que sería vigilativa su visión urgente. Luego de cada transportación de su somnolencia sentía un retorno abrupto, angustiante, aunque ignoraba cualquier causa. Le agradó pensar que esa tarde la plaza no sería para él un éxtasis de su alma ya embebecida por la música de todo el viaje, sino un despertar, un comienzo, un origen. Luego se limpiarían sus ojos legañosos, y la tarde y la plaza evitarían que el viernes sin música acabara, tan sólo acabara, sin él. Imaginó el fulgor que revertería de cada sitio de la plaza, imaginó formar parte de la cadencia joven que turbaría el silencio, creyó que subestimar la





efervescencia bajo los árboles sería una herejía. De ninguna manera, se dijo, la tarde se escaparía con la ya inaudible música tras la mampara... Yo no debo estar aquí, lo sé, pero algo ha querido que forme parte de este fuego y debo respetar el mandato. (Me gustaría evitar el disgusto que me causa esta reflexión.) Uno pierde la noción de la realidad y de los sentidos en las trincheras. Estoy seguro de que las fauces

volubles del tiempo sabrán, y sabré luego yo, si seré otro soldado o apenas una pizca más de toda esta tierra que se levanta a mi alrededor. Jamás volveré a saber con certeza si es mi deber obedecer los designios de Marte o lo es pedir piedad a Dios (como la de Jesús, «mi alma siente una tristeza de muerte».) Ignoro si buscar refugio en mi mismo, en los galos o en los alemanes. Y es que nada existe entre dos ejércitos salvo la guerra misma. Aquí ni la desesperación más acérrima puede subordinarnos a un ser supremo. Marte vive su gloria entre lanzas, espadas y escudos, pero teme, si señor, teme el gruñido de las metrallass, el estruendo de las granadas. Y Dios... es lastimoso oír su llanto de impotencia al vernos. Y Satanás, ni en su reino existe tanto infierno como aquí, se lo aseguro, a Satanás mismo se lo aseguro... La semana pasada, la octava y novena compañía atacaron algunas posiciones en el frente del príncipe Rupprecht. La operación fue exitosa. Los alemanes perdieron dos líneas de trincheras en un ataque incisivo y demoledor. En medio de la noche, nuestros hombres corrieron heroicamente, iluminados por los bombardeos, orientados por las Maxim que no cesaban de disparar a la distancia. Los pocos que llegaron — porque la mayoría había caído — encontraron trincheras completamente destruidas por el ataque previo con granadas. El triunfo era evidente; continuaron. Corrieron sin descanso

hasta la segunda línea y muchos siguieron cayendo. Al llegar, el panorama fue idéntico. Alguien ordenó que continuaran hasta la tercera pero en plena oscuridad, notaron que sólo tres habían sobrevivido. Estaban a diez yardas de los alemanes que se movían dentro de las trincheras, replegándose. Ineluctablemente, los capturó el pánico. Las balas caían continuamente y ya no podían avanzar. Retroceder era imposible pues el frente francés había quedado demasiado distante; decidieron entonces refugiarse en las mismas trincheras tomadas... Allí permanecieron toda una jornada, sin víveres, a la intemperie y bombardeados por sus mismos compañeros, que creían en un fracaso. Luego de contradictorias propuestas, uno de los tres decidió regresar a la trinchera y anunciar el alto el fuego que los dos restantes aprovecharían para el retorno. Otra jornada pasó y nuestros hombres esperaban, tábidos, constipados. Fortuitamente, el fuego cesó. Ambos pensaron que aquél habría llegado y emprendieron la vuelta. Así fue que en la más absoluta oscuridad los dos héroes comenzaron a reptar por el campo, sorteando innecesarios cadáveres, fusiles, cráteres. De inmediato, los alemanes atribuyeron el cese del fuego a un hipotético retroceso e iniciaron un despliegue de balas y cañones devastador. En un principio, por austeridad, nuestros hombres no respondieron al ataque; cuando la situación fue comprometida debieron arremeter y reprimir. En fin, nuestra respuesta quebrantó el intento de avance de los alemanes, lo que garantizó el éxito de la operación. Claro está que los dos guerreros nunca regresaron a nuestras líneas. En cuanto al primero, alguna astucia que nadie conoció le permitió regresar ileso, dos jornadas más tarde. Estando a escasos metros de la primera línea comenzó a informar a gritos su situación. En el acto cesó el fuego y el infeliz, desconocedor de las parciales perversidades del destino, creyó saborear la gloria de su hazaña y se puso en pie y comenzó a correr. La desgracia lo sorprende cuando los alemanes, al divisarlo, disparan sin piedad. Cuando ocurrió aquello, el héroe franco había superado ya los alambrados de protección, había pisado ya los montículos de tierra, y cayó, antes de la gloria, dentro de la primera línea, entre sus compañeros. Ahora sé, gracias a variadas

y absurdas cavilaciones, que ninguna divinidad existió para ellos y ninguna existe para nosotros; cuantos nombres posean, cuantos atributos y misericordias prometan, son ilegítimas entre nosotros. En estos campos ni el nefasto Marte existe, ni siquiera él, aunque aquí parezca ubicuo y eterno.

Hasta creía prefigurar el humor recatado de las jovencitas. Las veía sentadas, tres o cuatro juntas en un banco y comprimiéndose continuamente. Veía también su marcha hacia ellas; su paso seguro y la mirada de furtiva lascivia. Ahora imaginaba a una de ellas levantando la vista para mirarlo pasar; sorprendido, le sonreía con amabilidad, tal vez con torpeza. Pero simultáneamente las imaginaba indiferentes, hojeando la última *Maribel*, concentradas contemplando con suspiros la fotografía inaudita de Clark Gable con el cabello largo y sin bigotes. Entonces él, que era un ave rapaz, escondería la vergüenza de su fracaso bajo nuevos atardeceres, en la misma plaza. Plaza Flores era un ámbito de perpetuas posibilidades de conseguir un vínculo, un amorío; a veces, algún venturoso hasta podía encontrar una compañera cordial. Eugenio Mannerhaim solía recordar una frase de Luis Cané: «búsquese una novia en Flores y hallará su salvación». Para él, no existía mayor plenitud que haber observado, siquiera unos minutos y antes de entrar en su casa, a las jóvenes casaderas bullendo sus ansias con risas y movimientos. Cada día, el ave rapaz repetía este ritual casi anómalo pero mecánico ahora en virtud de la costumbre. Tan extravagante era la idea de no hacerlo, que hasta lo creyó, sin parva ironía, instintivo. Adoraba su vuelo entre los vestidos enterizos con capitas de organdí blanco, también entre aquellas siluetas más sobrias pero no menos alegres, sentadas, de piernas cruzadas, con el vestido de cuello redondo cerrado al frente y cayendo en tablones de piqué albanés. Con ellas debía ser cauto, paciente, como un predador. Varias veces observó con cruenta malicia al iluso cruzando la avenida, caminando con decisión hacia una joven, su pelo engominado, su aroma impregnando el *Viaje de bodas* para hombres. Luego la observó a ella evitándolo con gesticulaciones que eran menos de desprecio que de aviso. Entonces aparecía la madre, golpeando levemente el

hombro del muchacho: «disculpe joven, pero si lo que quiere usted es flirtear con mi hija le aseguro que se equivocó; por favor, váyase ahora y no la moleste». La desilusión que enmarcaba el rostro del joven era compatible con la falsa complicidad de la niña con su madre; en definitiva, ambos habían deseado lo mismo. Y mientras el muchacho se retiraba, humillado y fracasado, la madre lo miraba desde su soberbia, desde la seguridad que le imponía el haber cumplido una correcta labor. A lo lejos, aquél se volvía a mirar, a odiar una vez más a la madre reprendiendo a la hija. La plaza estaba llena de madres que pasaban tomadas del brazo de su hija. Con la frente erguida y la mirada desafiante, su elegancia metamorfoseaba el color de la plaza con los matices de esa veteranía. La que había reprimido la ofensiva del iluso también había sido muy elegante; la blusa de satín blanco con echarpe del mismo género era de mujeres selectas, de mujeres con uñas rosa vivo, de mujeres de peinados a lo Medusa con serpientes enredadas, que respetaba la moda de achicar una cabeza de cabellos largos, al antiguo estilo griego. La Medusa había petrificado sus ansias con aroma a *Viaje de bodas*, ahora petrificaba a su hija, que quizá miraría eternamente el suelo.

Tal vez el autobús había doblado pues nuevamente sintió el sol en la cara. Prefirió mantener los ojos cerrados y adivinar el trayecto que transitaba... Acabamos de tener una audiencia con el comandante y regreso a mi puesto junto a mis hombres. Todos hemos recibido las órdenes pertinentes. Mañana, a una hora que aún no ha sido fijada, nuestro regimiento debe iniciar el ataque; el noveno cuerpo del ejército concentrado atacará en combinación con nosotros. Debemos avanzar y saltar sobre las trincheras alemanas; previamente la artillería las demolerá y el área será despejada por los escuadrones destacados.

Mañana, definitivamente... Como roedores, saldremos de estas galerías que hemos habitado durante tanto tiempo en espera del gran día que será mañana. Debo dar la orden de avance a mi grupo; apenas amanezca todos estaremos concentrados en el primer frente. Mis hombres comprenden la misión y los pasillos se llenan de una bulla viva de ritos iniciáticos. Uno a

uno se deslizan a lo largo de las oscuras trincheras hasta las primeras líneas. Los observo. En unos minutos yo también estaré allí para pasar la noche. Escucho, mientras, a dos oficiales comentar el caso de un avión alemán. Simulando indiferencia, me acerco a ellos para escucharlos mejor. Ha caído en una trinchera cerca de Largitzen. Nuestra artillería es muy competente en los Vosgos, pero los alemanes, al ser interceptados, intentan estrellar sus máquinas contra nuestras líneas. Fue una masacre. Retrocedo algunos pasos pensativo; una vez a prudente distancia alargo los pasos pero de inmediato oigo la palabra «teniente» a mis espaldas: es uno de los oficiales. Me vuelvo avergonzado y respondo al llamado con ingenuidad. Me sugieren, claro está, inquisidoramente, que no comente el suceso, afirman también que si se triunfa mañana el Somme es casi nuestro. Asiento gravemente con la cabeza y doy la vuelta para retirarme. Oigo murmullos que pronto se pierden entre la tierra y los alemanes. Desde que el tiempo mejoró, las metrallas no han cesado su ronroneo letal. En varias partes del Somme han optado por el acopio de municiones. Yo no comparto esa postura. En cuanto nos ven indiferentes, los germanos lanzan ataques feroces; su estirpe no tolera eventuales dominados indiferentes. Encuentro, en mi trayectoria, a un herido. Yace en la tierra, tiembla; un manto le cubre el cuerpo. Creo que me llama y me acerco; con espanto observo que la sangre reseca le cubre la cara. No puede hablar y entonces me acerco más. Con resignación escucho que se trata de un encargo, con horror que el encargo es la pierna que ha perdido en batalla. Me alejo con asco. Es la voz de la muerte, de la muerte que habla sin importarte a quién, en su eterna selección. Corro, atravieso una galería, y otra, y tal vez los fusiles entorpecen mi huida y resbalo, caigo, vuelvo a levantarme y a correr, sin detenerme, hasta las primeras líneas.

Seguía el ómnibus avanzando con lentitud, la avenida estaba ajetreada. Sintió alivio pero notó que el sudor había empapado su cuello y rostro. Abrió los ojos completamente. Su cuerpo había quedado sobre el asiento en un ridículo desparramo. Descubrió que su maletín había caído, lo levantó y acto continuo observó que el hombre enterrado bajo el sobretodo

había desaparecido. No estaba a su lado; su incómoda posición había ocupado ambos lugares. Con irremediable timidez, levantó la vista. Advirtió dos cosas; la primera trivial: el ómnibus continuaba repleto; la segunda casi bochornosa: el del sobretodo no había descendido y lo miraba desde lo alto con el entrecejo fruncido. Resignado, decidió entregarse, así fuera por el trayecto que aún restaba, a las miradas flagelantes del resto. Pudo sentir el alivio de la vigilia, pero su cuerpo quedó exhausto, como si hubiera marchado durante un tiempo indefinido. Se acomodó nuevamente y de inmediato alguien se sentó a su lado. Lo miró a hurtadillas; no era el del sobretodo. La desconfianza, explicable por cierto, del nuevo acompañante obró para que una de sus piernas quedara fuera del asiento; así, la distancia entre ambos era considerable. Evitó la humillación volviéndose hacia la ventanilla, pero ahora el sol lo azotaba, y también otro adormecimiento. Oyó una explosión; un neumático. Las voces fueron más enérgicas, el movimiento, más acelerado... en el aire había olor a elementos muertos... Han estallado las primeras granadas sobre territorio alemán.

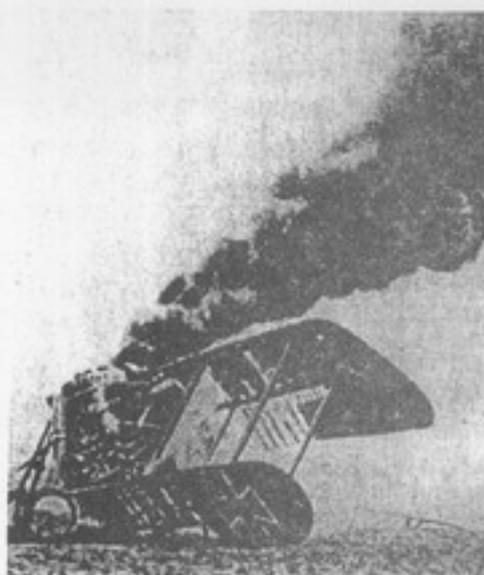
Despierto del breve descanso, es el alba. La orden del primer ataque llegó por fin y siento la embriaguez de la misión. Mi lucidez, mi inservible lucidez, sabe que el fin nos espera pero aquí estoy, soy un franco y sé que esta embriaguez apaciguará la letanía de mi cuerpo derrotado. A la vanguardia de nosotros, silban sobre nuestras cabezas las granadas perennes. Son las siete. Algunos oficiales vienen a mi trinchera; el objetivo: regular la precisión del fuego; éste debe triunfar sobre todos los obstáculos exteriores. Por nuestros atisbaderos se distingue la línea gris de las trincheras alemanas. Las granadas caen, casi matemáticamente, sobre el enemigo, sobre sus abrigos, demoliéndolos, y también destruyen barricadas; las trincheras se derrumban. A veces, con un anteojo de campo puedo distintamente ver los miembros enemigos esparciéndose por el aire. Entonces siento, o acaso sufro, una culpable complacencia. El bombardeo crece en intensidad. Cañones de todos los calibres envían sus granadas con la máxima rapidez. Apenas logro cerciorarme de que han pasado ya dos horas desde el primer estallido. Esto ha sido en-

sordecador desde entonces, aterrador. Llega a mi lado un general de brigada. Con insuficiente seguridad, me dice unas pocas palabras y me anuncia la hora del ataque final: a las diez. Miro mi reloj, son las nueve...

Oigo bocinas que tientan un despertar. El sol infinito calienta el vidrio en donde reposa mi cabeza. El calor, sin embargo, encarece la pesadilla... Cinco minutos para las diez. Ha llegado el momento; preso de la agitación, me paro al pie de mi escalera. (Antes de la muerte, las visiones son las del Universo; las perspectivas son todas y cada una simultáneamente.) Esta escalera, ahora lo sé, es la ruta por donde viajarán nuestros destinos, no como siempre imaginé, una escalera. Empuño el revólver y me proveo de granadas. Un minuto para las diez. Mayor a cualquiera anterior, en este momento se siente una detonación poderosa que hace temblar el suelo. Nuestras minas han explotado, es tiempo. Ordeno: «atención; adelante, muchachos y viva Francia.» Un coro suena al unísono a mis espaldas mientras abandono el último peldaño. Ahora comienzo a correr por la superficie; corro, gesticulando y gritando. Sólo niebla veo, y humo y tierra que chocan contra mi cara dañándome la vista. Oigo los pasos de mis hombres cerca de mí, corriendo, ebrios como yo de sublime intoxicación. En la ciega carrera, escucho a los que caen, sordamente. Nosotros continuamos; debemos vencer el impulso de ir y socorrerlos pero siguen cayendo. Tampoco sabemos si responde el enemigo; nuestro bombardeo casi neutraliza el repiqueteo de las Maxim y por momentos parece intermitente, esporádico. Estamos llegando a la primera trinchera alemana. Me sorprende mi fortaleza, que anula el cansancio de la carrera; pronto lo atribuyo al grado de tensión. Inmediatamente después, una conciencia sobria aduce otra posibilidad: tal vez ya soy intangible, como un alma. Arrojam algunas granadas de mano pero no existen sobrevivientes en esa trinchera. Confusamente, en mi arremetida hacia adelante veo gran cantidad de escombros y cadáveres. Frenar ahora es darse muerte pero la terrible escena me paraliza... Una nueva detonación despierta mis sentidos y continúo; el bombardeo casi ha nivelado la trinchera. Seguimos corriendo sin aliento guiados por la extraña fascina-

ción de la victoria. (El recuerdo de los oficiales coarta, sin embargo, mi euforia en tristes intervalos.) Pero sigo a la cabeza, casi inconsciente. Mi inteligencia ya es un mero secreto del cual no soy digno. Ahora lo sé, una fuerza mayor me impele a continuar, la misma por la que puedo gozar un instante más de lucidez y saber que no soy sino una porción más de guerra, que de una manera caótica pero definitiva se va alejando un hombre. Llegamos a la trinchera y noto que nuestras filas han raleado. Seguimos adelante y llegamos a la tercera. Los alemanes están esparcidos, los veo errar por el campo; pronto, su estirpe hecha de sangre nos reconoce. Se inicia entonces una feroz lucha cuerpo a cuerpo. (Nada ha cambiado; aunque en un tiempo diferente, hoy somos hombres de la antigüedad.) Descargo casi instintivamente mi revólver sobre un oficial que me apunta. (Oigo un grito.) A esta altura, nuestra segunda ola de asalto se nos une. Rápidamente decido confundirme con ella y sigo adelante. El grito se mantiene; es un grito que se alarga con los segundos, que avanza, es inalterable, es un grito elemental. Estoy cubierto de sudor y sangre, la sangre del enemigo que he aniquilado. Mientras, el grito se acerca, más vivo, más irascible. Aún no puedo identificarlo y siento cierta privación del juicio. Mis oídos laten; ahora está detrás de mí. Desesperado, doy media vuelta... Toda sensibilidad se detiene. Aquello que era grito es ahora sombra y ahora forma; la forma yace sobre mi cuerpo y es inevitable. En este instante una bayoneta choca contra mi abdomen, cuaja el cinturón, desgarrar la casaca y el frío metal se hunde en la carne. El alemán sujeta con fuerza el fusil; es un Lebel. La hoja interior estremece mis nervios. Ahora, cuando cierta anestesia natural desaparece, co-





mienzo a sentir un gran dolor. El alemán me empuja con el fusil y caigo. La bayoneta se mueve dentro de mí; no puedo gritar, hasta el ahogamiento parece dificultoso. Contemplo la furia de mi enemigo. Pone un pie sobre mi pecho y empuja hacia arriba el fusil. Oigo sus palabras que son exhortatorias mientras la hoja abandona la profundidad de

mi vientre. Colapso. Comienzo a retorcerme y no renuncio a contemplarlo. Sin saberlo totalmente, tal vez su imagen se ha transformado ya en mi eternidad íntima y secreta. Encolerizado por mi mirada, me apunta; siento varios golpes: uno atraviesa mi casco.

Fácil acertar que ya no había nadie a su lado, ni siquiera el de la pierna fuera del asiento. De pronto, sus ojos vislumbraron sobre él los ojos unánimes.

A su alrededor, una caótica realidad le impuso la certeza de un móvil detenido, de pasajeros impacientes, de un chofer furioso pidiendo a gritos que descendiera, del mismo chofer golpeando también la mampara. Puso una mano en el vientre y sintió náuseas. En el desorden, algo parecido al silencio del vacío aún le otorgó el sonido de las últimas palabras o gemidos, de impaciencia o de dolor. (Reconoció la familiaridad de una imagen; se juró a sí mismo que no olvidaría su rostro.) Ante la exasperación de los pasajeros y el chofer, Eugenio Mannerhaim tomó su maletín y se puso de pie. Por las miradas perturbadoras, imaginó un teatro que había sido ese ómnibus y él mismo ejecutando una grotesca actuación; imaginó luego un número indefinido de individuos, desconocidos entre ellos, hablando sobre un único tema que esa tarde o esa noche sería tal escenario y actor. El guarda, que esperaba al pie del estribo, gruñó un «bájese señor y no me atrase más el recorrido». Sin reparar en las palabras difusas, bajó del ómnibus en un vértigo y evitó milagrosamente una caída que había prometido la concreción. Comenzó a caminar urgido por una búsqueda instintiva; más

profundamente, un recuerdo aún heteróclito preludiaba una extirpación. De inmediato, se valió de un argumento impreciso para no someterse a lo que parecía un apéndice grandilocuente y remoto: decidió anular cualquier deseo y pensamiento; ahora una conciencia primitiva lo redimiría de soportar ese peso, hasta el encuentro. Se dignó caminar apenas, reparando en intervalos fugaces en el simple hecho de encontrarse a escasas cuerdas de la plaza por Rivadavia. Su conciencia abandonada descansó y luego soñó un apéndice insoportable; su límite desmesurado denunciaba una imagen pretérita transpuesta a su presente vida. Esa imagen o apéndice revelaba al mismo tiempo una fatalidad y el verdugo de la fatalidad. En el sueño, la conciencia admitía la necesidad de un torbellino dispuesto a expulsarlo hasta los senderos mismos de su historia. En esta historia el tiempo decidió. Como toda decisión del tiempo, ésta fue nuevamente arbitraria; para Eugenio Mannerhaim además fue perversa.

En su andar sin rumbo premeditado despreció su maletín que cayó al suelo. Alguien que Eugenio no escuchó intentó en vano llamarle la atención. Una y otra vez, después a gritos, lo llamaron. Eugenio corrió, atravesando la plaza del difunto organdí blanco, de las novias de Luis Cané y del iluso, y de la Medusa y de las serpientes. Simultaneó con la mirada la soledad de La Perla y la oscuridad del Café de la Orquídea. Continuó hasta el engendro de hierro y madera en las vías del Sarmiento. Luego retrocedió; vio un terreno desierto y temió y pensó (no debía pensar): temió que todo volviese a comenzar; pensó en Nietzsche. Se alejó espantado y retomó por Yermal hasta Bolivia. Cruzó las vías sin mirarlas y caminó aún otra cuadra. Su jardín, tan descuidado y salvaje, lo esperaba. Al llegar, abrió la puerta pequeña y atravesó el sendero hasta la puerta principal. Allí advirtió la necesidad de las llaves. Las sacó, buscó la correcta, la introdujo en la cerradura, la hizo girar, bajó el picaporte y entró. No había luz en la sala y tampoco deseó que hubiera. (No debía desear.) Ignoraba, su conciencia ignoraba, si estaba solo. (En la casa las voces eran audibles.) Mientras, el sueño intencional discurría: el objetivo propuesto existía en la intangible condena de su apéndice; la imagen inolvidable formaba parte de esa

casa —en el sueño lo sabía—; en algún sitio lo esperaba, en algún sitio desconocido. El cuerpo de Eugenio Mannerhaim caminaba ahora hacia el sitio. Descartó refugiarse en la casa del fondo y siguió por el patio extenso hasta la morada del limonero en flor. A su lado se levantaba el galpón sobre el cual yacían las ramas más antiguas del árbol. Allí entró. En su infancia, el galpón había sido un reino de pavores; cuando Eugenio encendió la luz, encontró algo más abyecto que un habitáculo lleno de suciedad y olvido. Mantuvo la puerta entreabierta y ensayó una primera búsqueda. El desorden casi ahogaba la entrada; el primer intento fue deslizar una pequeña escalera; el segundo fue apilar dos cajas de herramientas. Acto seguido pudo avanzar dos pasos y sentirse levemente fatigado. El siguiente obstáculo fue una cortadora de césped que debió mover de inmediato. Luego se deshizo de unos listones, forcejeó, hizo rodar un rollo de alambres y logró aproximarse al objeto de su interés. Llegó hasta una vieja máquina de coser a pedal cubierta de un lienzo de gabardina bordó. El lienzo casi rozaba el suelo; lo levantó. Sobre los pedales había una caja de madera pintada del color de la sombra. El peso de la caja fue inferior al deseo de sacarla de allí; antes de pensarlo hacer, Eugenio Mannerhaim la tuvo entre sus manos y la abrió. Lo primero que le reveló fue una fotografía familiar. En ella, el rasgo peculiar y acaso obvio fue la ausencia de mujeres. Los hombres eran cinco: en uno de ellos Eugenio pudo reconocer a su padre; el más anciano, casi decrepito, sostenía un bebé entre sus manos. Contempló unos minutos la fotografía; con orgullo ponderó la primacía de la unión tal vez única y postrera, con altivez alabó un apellido, el suyo, con emoción y gratitud caviló sobre esa imagen sublime del final sosteniendo el empezar. En el reverso de la fotografía había una leyenda en alemán que no comprendió; inmediatamente debajo de la leyenda, el nombre de cada uno. Con sorpresa o resignación, notó que uno de los nombres era el suyo y también que estaba unido al nombre que correspondía al anciano. Volvió a mirar la fotografía y al bebé que había sido. Abandonó sin embargo la fotografía. Había muchos papeles escritos en alemán. Siguió revolviendo hasta encontrar un billete de un franco:

CHAMBRE DE COMMERCE DE NICE ET ALPES-MARITIMES. Sintió opresión y dolor. Encontró a continuación otra fotografía; era un retrato del mismo que años más tarde supo sostener un bebé en su decrepitud. La comparó con la primera y tomó una tercera fotografía, también de él. En esta última mostraba orgulloso un uniforme de guerra alemán y en sus manos un fusil... En la conciencia de Eugenio Mannerhaim obró una revelación prematura que lo alejó débilmente del sueño. En ese instante despertó la avidez y la furia definitiva. Se volvió hacia la caja, rasgó algunos papeles en su ansiedad y sus manos se toparon con algo sólido. Aunque envuelto en un papel escrito, dejó en libertad un objeto, un síntoma de angustia y un horror; una bayoneta de Lebel se presentó ante sus ojos.

Entonces, sólo entonces, comprendió su tragedia.

Eugenio Mannerhaim había renegado de su falta de memoria elemental. El tiempo, entonces, obsequió como gracia su recuperación excepcional, a él, al único. Nada, tal vez ni siquiera el tiempo, supo acerca de la atroz consecuencia. Un hombre pasado que llamaremos erróneamente Eugenio Mannerhaim conoció un soldado alemán que debió darle muerte en una batalla interminable; su auténtica piel conoció más tarde un anciano que debió sostenerlo en sus manos para eternizar la gloria de un apellido. Para la historia y la memoria plena de Eugenio Mannerhaim, para su anterior vida y para la presente, el soldado enemigo y el anciano fueron la misma persona.

En el papel, unas líneas en castellano daban una victoria de dos tiempos. «A un solo apéndice francés —decían las palabras— ha servido esta resplandeciente hoja.»

